

847
MARCELLO CAETANO

UN PORTUGAL ORGULLOSO
DE SU PASADO
Y SEÑOR DE SU FUTURO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE
DEL CONSEJO, EN LA REUNIÓN PROMOVIDA POR
LA COMISIÓN CENTRAL DE ACCIÓN NACIONAL
POPULAR, EN OPORTO, EN 2 ABRIL DE 1971.

1264

847

MARCELLO CAETANO



UN PORTUGAL ORGULLOSO DE SU PASADO Y SEÑOR DE SU FUTURO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE
DEL CONSEJO, EN LA REUNIÓN PROMOVIDA POR
LA COMISIÓN CENTRAL DE ACCIÓN NACIONAL
POPULAR, EN OPORTO, EN 2 ABRIL DE 1971.

SECRETARIA DE ESTADO DA INFORMAÇÃO E TURISMO

1 9 7 1



S.N.T.
I.N.S.
1264

INCORPORAÇÃO

MARCELO CAETANO

UN PORTUGAL ORGULOSO
DE SU PASADO
Y SEÑOR DE SU FUTURO

DISCIPULO RECONOCIDO POR EL PARLAMENTO
DE LOS REYES EN LA LEY DE PROMOCION DE
LA COMISION CENTRAL DE ACCION NACIONAL
MANTEN EN FUERTE EN 2 ABRIL DE 1911

GOBIERNO DE ESPAÑA EN BURGOS EN 1911

Señores:

La Comisión Central de Acción Nacional Popular, tomó el acuerdo de que sus reuniones no se celebraran siempre en Lisboa. Y que de vez en cuando se realizasen en otra ciudad, de modo a permitir un mayor contacto con las diversas regiones del país.

La primera ciudad elegida para reunirse fuera de Lisboa, no podía dejar de ser Oporto. Y al saberlo, las comisiones del norte quisieron promover este encuentro, iniciativa a la que accedimos gustosamente.

Siempre constituye un gran placer para mi, tener la oportunidad de conversar con aquellos a los que dentro de la técnica de estas organizaciones se acostumbra a llamar responsables, y con los afiliados a la Acción Nacional Popular. No sé bien si esta distinción entre afiliados y responsables es legítima, pues la verdad es que la afiliación a la Acción Nacional Popular por sí misma implica ya una responsabilidad. Si los miembros de las comisiones locales son responsables por la organización y actividad de nuestro

movimiento en sus provincias, en sus distritos, en sus partidos judiciales, el simple afiliado no por ello deja de tener el deber constante de colaborar en la obra común, sin que necesite esperar a que le llamen, reaccionando espontánea y dedicadamente donde habita, en el medio en que trabaja, en los centros que frecuenta.

Pero actuando, ¿cómo?

Actuando en la defensa y difusión de los principios de la Acción Nacional Popular, esto es, en defensa de la patria y de su integridad territorial. En defensa de la familia y de su integridad moral; en defensa de un orden social sin el que no habrá progreso posible; en defensa de la juventud contra las tentaciones demoníacas que la asaltan por todas partes; en defensa de la autoridad cuya existencia, cuyo respeto, cuyo prestigio son imprescindibles para conservar las libertades esenciales, la normalidad de la vida en la sociedad y la preservación de los valores en que ella se funda; en defensa de la justicia, que da a cada uno lo que debe pertenecerle y evita las iniquidades.

Pero, ¿entonces nuestra ideología será puramente defensiva? ¿Estaremos en una simple posición de defensa?

No. Claro está que no. Aunque defensa no quiera decir pasividad, y la mejor defensa sea la defensa activa, la defensa que no espera al ataque, sino que previene y ataca para evitar que el adversario lo haga primero o en mejores condiciones.

El mundo occidental se encuentra bajo una ofensiva de gran estilo, que tiene por objetivo destruir los propios cimientos de la civilización que en él fué levantada. Civili-

zación que constituye, pese a todas las inevitables imperfecciones de que sufre, un legítimo motivo de orgullo para quienes a través de la Historia la construyeron.

En esa ofensiva, Portugal es particularmente enfocado. Una vasta conjura internacional, con cuartel general en las Naciones Unidas pero que dispone en el mundo de numerosos cómplices, obedientes al mando comunista o a la orquestración de la propaganda contra el Ultramar portugués; una vasta conjura internacional, decía, a cada instante, en los más diversos países y por los más variados medios de información y actuación, acusa a Portugal, esparce sobre el país falsas noticias, difunde comentarios donde la verdad se deforma cuando no se traiciona, calumnia proyectos e intenciones, lanza absurdos bulos, busca perjudicar los intereses nacionales o dificultar de todas las formas nuestra convivencia internacional.

Desgraciadamente, tenemos dentro quien se alegre con tal campaña. Más aún: quien colabore en ella. Conscientes de su traición, unos. Inconscientes, otros. Todos, sin embargo, malos portugueses.

Ya en un discurso que pronuncié no hace mucho tiempo, pero que en ese punto me pareció no haber merecido entre nosotros el debido relieve, llamé la atención del país hacia las características de la guerra subversiva.

La guerra clásica se trababa entre ejércitos, movilizándose las retaguardias, sí, mas para apoyar a determinadas fuerzas y en acciones espectacularmente desarrolladas a la luz del sol. Se movían grandes masas de hombres, e incluso modernamente, enormes parques de material, en

monumentales operaciones terrestres, aéreas y navales que conducían a la victoria o acarreaban la derrota.

La guerra subversiva, sin embargo, no tiene esos aspectos. Se nutre de actos terroristas, diseminados aquí y allí a base de atentados que crean la inseguridad de las poblaciones y obligan a dispersar tropas y policías. Utiliza pequeños grupos, dotados de gran movilidad, beneficiándose de la iniciativa y de la sorpresa. En vez de procurar ocupar territorios y de trabar batallas campales, su blanco es la desmoralización de las poblaciones, acompañada de la infiltración de una propaganda capciosa que, en primer lugar debilita las certidumbres de los espíritus, después aproveche las dudas para crear inestabilidad y descontento, hasta que por último conquiste una amplia audiencia y apoyo que destruya los reflejos defensivos y la voluntad de combatir, conduciendo, a través de la renuncia, a la capitulación.

Ahora bien, en esta guerra no existe ni frente ni retaguardia. El frente está en todos los lugares donde el terrorismo practica sus actos de violencia, ya sea Cabo Delgado (Mozambique) o Tancos (metrópoli). El frente está en todos los sitios y en todos los momentos en que el adversario procura instilar sus ideas derrotistas, preconizando el abandono del Ultramar, incitando a los mozos en edad militar a que emigren y a los soldados a que deserten, insinuando que el amor a la patria está rebasado o que ya no tiene razón de ser la idea de nación minando incluso en las escuelas oficiales la moral de la juventud y predicando, con palabras dulces o en baladas nostálgicas, una

paz desvirilizada, hecha de cobardías y de concesiones ante las reivindicaciones más atrevidas o los ataques más audaces.

Todo ello, sin que se piense que dichas reivindicaciones y ataques entrañan una agresividad guerrera. Y que la capitulación ante tales combatientes no conduce a la paz, sino a la sumisión. A la sumisión de los esclavos. Porque el mundo continúa siendo de los que luchan. Y ¡ay de los que dejan caer los brazos soñando con utópicos paraísos!

Existen zonas calientes de subversión en ciertas parcelas — afortunadamente pequeñas y distantes entre sí — de algunas provincias ultramarinas. ¡Pero tengamos en cuenta que en la metrópoli trabaja por ellas y para ellas una quinta columna! ¡Y no lo olvidemos nunca!

La Acción Nacional Popular, decía, no tiene una ideología meramente defensiva. Ataca. Ataca todo lo que pueda minar los cimientos de la nación portuguesa. Ataca todos los manejos antipatrióticos. Ataca al anarquismo, ataca a la revolución social, ataca las concepciones comunistas, ya sean rusas, cubanas o chinas, que prometen la felicidad de los pueblos, pero que hasta hoy, allí donde fueron aplicadas, únicamente acarrearón miseria, desgracia y la revuelta de las gentes. Ataca las injusticias sociales, pero ataca también el egoísmo de las clases que mientras disputan sus intereses olvidan el supremo interés de la nación. Ataca el derrotismo que niega el vigor con que se trabaja en beneficio de toda la grey, y ataca la maledicencia sistemática que tiene por fin engendrar en la conciencia pública la falsa idea de que pertenecemos a un país sin grandeza y sin virtudes. Ataca la falta de fé, la falta de esperanza, la falta de voluntad

en todos los sectores de la vida cívica en que se manifiestan, congregando siempre y en todo momento a los portugueses para la acción redentora, la acción que construye, la acción que mueve montañas y cada día lega al día que le sigue un Portugal mejor.

¡Sin duda es una acción costosa! ¡Que lo digan sino cuantos por el país dirigen servicios públicos o autarquías locales! Resulta fácil señalar lo que falta. Es facilísimo censurar una carencia. E incluso no es difícil criticar una solución. Pero por más deprisa que se quiera caminar, ¡cómo cuesta y cuánto tiempo se tarda en estudiar un problema, elaborar un proyecto y encontrar los recursos y los hombres que los realicen!

A pesar de ello y de todas las dificultades y obstáculos, en todo el país se trabaja, lo mismo en la industria privada que en las obras públicas. A cada paso, aquende y allende el mar, se alzan grandes iniciativas particulares y se estudian importantes realizaciones del Estado. Pese a la falta de capitales, a la deficiencia de técnicos, a la escasez de mano de obra, el país está viviendo un momento de arranque que puede ser decisivo para nuestro futuro. Es preciso que haya conciencia de ello y que las impaciencias mal inspiradas, o las agitaciones malintencionadas, no perjudiquen lo que con tan favorables presagios se anuncia.

Claro está que el movimiento tiene sus riesgos. El estancamiento parece más cómodo, pero encuentra en sí mismo graves inconvenientes futuros. Nosotros teníamos que caminar — y tenemos que caminar — cada vez con mayor audacia en la senda del desarrollo económico. ¿Resul-

tará de ello un momentáneo desequilibrio? ¿Habrá quien se eche atrás? Todo eso implica un precio doloroso, pero se procurará no sea demasiado pesado para la colectividad. Lo cierto es que nos hallamos ante este dilema: Estancarse dentro de un mundo en constante y acelerado movimiento, o entrar en la competición mundial. No creo que la elección pueda ser diferente de la que ya hicimos.

El Gobierno orienta y dirige este esfuerzo renovador, planifica, propone y ejecuta las necesarias reformas. Pero la suerte del país depende cada vez más de la capacidad, de la resolución, de la tenacidad de las personas.

Veó con sorpresa que en ciertas escuelas campa por sus respetos, en la moda de las reivindicaciones de grupos estudiantiles, la abolición de las clasificaciones individuales, substituídas por meras apreciaciones del trabajo en equipo. Con ello se pretende pasar un rasero que iguale, dentro de la misma mediocridad, a los que estudian y a los que no estudian, a los inteligentes y a los incapaces, a los que tienen voluntad de ser hombres y a los que hacen de la vida de estudiante tan sólo un pretexto para pasar los años de la juventud en estéril ociosidad o en perniciosa agitación.

El valor individual es, fué siempre, y continuará siendolo, el gran motor del progreso social. Sin individuos que por su iniciativa, por su carácter y por su cultura se destaquen en el arrojó de sus emprendimientos, en la audacia de sus concepciones, en la capacidad de ejecución y la perseverancia de sus propósitos, las sociedades resbalan en la indecisión y en la impotencia.

Debemos proclamar la necesidad de que exista un grupo escogido, la necesidad de dar prestigio a elites, la importancia fundamental que significa para un país poder disponer, a todos los niveles, de jefes competentes.

Debemos combatir la campaña subversiva que tiende a minimizar el valor social del mando, y a empequeñecer a los que tienen que dirigir, orientar y guiar a sus ciudadanos.

Debemos oponernos a la ola denigradora de todo cuanto representa la virtud del mando, la exaltación del heroísmo y las abnegaciones de la santidad.

Debemos evitar la moda que, mediante los procedimientos subterráneos de esa línea de pensamiento y de acción, pone «moderadores» donde antes estaban «presidentes», y procura ahogar las acciones directivas en interminables discusiones de los subordinados.

El progreso del país necesita, sí, que los ciudadanos participen en las acciones de que él depende. Necesita que todos tengan conciencia de los esfuerzos indispensables. Sin duda. Pero no se realizará si nos perdemos en verbalismos abundantes y en críticas estériles, sobre todo cuando de ahí nazca, en lugar del espíritu de comprensión y de colaboración deseados, la creación de una desmesurada insatisfacción, para la que no hay recursos que basten ni siquiera a mitigarla, o la difusión de ideas de negación y revuelta.

Cuando llega el momento de la acción, hay que respetar la autoridad que decide, y ejecutar las medidas adoptadas por quienes tienen poderes para eso.

Los gobiernos, en todos los Estados y cualquiera que sea el rótulo de la izquierda o de la derecha con que se presenten, han de ser árbitros de las aspiraciones y reivindicaciones de grupos, clases o regiones, y celadores permanentes de la realización del interés general.

Por más que quieran favorecer a la clase trabajadora, siempre llega el momento en que los gobiernos socialistas son forzados a decir *no* a las exigencias excesivas de los sindicatos obreros.

Y por muy conservadores que otros gobiernos se llamen, tampoco les es posible resistir a las necesarias reformas de las estructuras, ni acceder a los deseos de ganancia de los empresarios que puedan afectar el equilibrio económico.

Pues no se gobierna por etiquetas o rótulos: ¡se tiene que gobernar de acuerdo con las exigencias y las necesidades de la nación!

Por mi parte, ya expliqué públicamente que mi acción gubernativa no es de izquierdas ni de derechas: será la que convenga al país.

Si salir al encuentro de las exigencias de reformas que se notan en tantos sectores de la vida nacional y procurar apartar los obstáculos que se opongan al progreso de la nación es política de izquierda, no por ello dejaré de seguirla.

Pero si la manutención de la autoridad y de las condiciones que permitan la defensa de los intereses vitales de la nación y el orden público, sin los cuales no es posible

vivir, trabajar, progresar en paz, es política de derecha, tampoco ese rótulo me impedirá ponerla en práctica.

Todo ello equivale a decir que no están conmigo los que quieren la revolución o las reformas sorprendentes, anárquicas y perturbadoras, que desorganicen la economía del país o dejen inerte el poder del Estado.

Tampoco estarán conmigo los que arrogándose el monopolio del patriotismo a cada instante insinúan, injurian, calumnian con vesania ideas, actos e intenciones de quien honesta y desinteresadamente consagra todos los momentos de su vida al servicio de la nación.

Pero, sin embargo, pueden estar conmigo todos los portugueses — que son multitud y forman una aplastante mayoría — que desean mejorar las condiciones de vida mediante reformas convenientemente estudiadas y prudentemente aplicadas, concebidas no para que queden en el papel, sino con el sentido de las realidades que permita llevarlas a cabo con ritmo firme y seguro.

¡Estarán conmigo todos los portugueses que virilmente se dispongan a luchar y a soportar los sacrificios necesarios para que Portugal no traicione a sus hijos, que en un esfuerzo portentoso están construyendo en las provincias de allende el mar una obra de tremendo alcance espiritual y material, una obra que es la continuación, en el tiempo y en el espacio, de la propia patria portuguesa!

Estarán conmigo todos los portugueses que, teniendo conciencia de lo que representa para un país sin apoyos ni ayudas extrañas batirse en tantos frentes militares, económicos y diplomáticos, procuran colaborar en este

gigantesco esfuerzo colectivo con su dinero, con su sangre y con su comprensión de las dificultades nacionales.

Estarán conmigo todos los portugueses que estén dispuestos a enfrentar la ola desmoralizadora y subversiva, desencadenada e impulsada por los movimientos revolucionarios, que las autoridades civiles, militares o escolares no pueden permitir que se extienda libremente, so pena de que seamos vencidos en el frente interior metropolitano.

Estarán conmigo todos los portugueses, hombres y mujeres de Portugal, que desean la manutención del orden público y de la paz social, para que la vida pueda transcurrir normalmente y el progreso se desarrolle con firmeza, y sin todos los perjuicios que nuestra pobreza y vulnerabilidad no nos permitiría soportar sino a costa de incalculables transtornos y sufrimientos.

Estarán conmigo las portuguesas y los portugueses que se niegan a embarcarse en aventuras, y saben que honestamente se procura hacer por ellos y con ellos todo cuanto es posible y de la mejor forma posible.

¡No sois sólo vosotros los que estáis conmigo, señores, amigos aquí presentes! Mucho me honra vuestra compañía. Mucho me anima vuestro apoyo. ¡Pero me atrevo a creer que además de vosotros, repartidos por el país y hasta por tierras extranjeras donde ganan el precio del futuro, miles, millones de compatriotas, en cuyos corazones arde el amor a su patria y cuyo buen sentido inspira sus opiniones y su conducta cívica; miles, millones de portugueses nos acompañan en el ferviente voto que estamos formulando

aquí, por un Portugal orgulloso de su pasado y dueño de su futuro!

De ese Portugal somos hijos: ¡Y ese es el Portugal por el que todos, unidos, trabajamos para que continúe en la Historia, más prestigioso y más grande!

NB



EFG0000513059



S.N.I.